

PAKISTAN ORIENTAL, DE TRAGEDIA EN TRAGEDIA

EL COLERA

FRANCESCO RUSSO

La epidemia de cólera que desde hace varias semanas está causando estragos entre los refugiados del Pakistán Oriental es la tercera tragedia de importancia que en menos de un año azota a los habitantes de este país, después de las inundaciones de otoño de 1970 y de la guerra civil de la primavera de 1971. El 21 de noviembre de 1970, el gobierno pakistaní informaba a los periodistas extranjeros de que las naves de socorro dirigidas a las islas inundadas por el furibundo aluvión que se había desencadenado sobre la provincia oriental del país habían ya zarpado de sus respectivos puertos: en la práctica confesaba que habían salido el día antes, es decir, nueve días después de estallada la catástrofe. Murieron 153.000 personas, como se admitía oficialmente, o medio millón, como afirmaban los que se habían trasladado al lugar del suceso, estaba claro que el gobierno central, preocupado sobre todo por las inminentes elecciones, no se había distinguido precisamente por sus atenciones para con la paupérrima región del Pakistán Oriental. Y estaba también claro que la tragedia natural no podía sino aumentar las tensiones políticas existentes en el país desde hacía muchos años. Desde siempre, es decir, desde la constitución del Estado sobre las ruinas del Imperio indio, el Pakistán Oriental (Bengala) es de hecho una colonia del occidental: el primero contribuye con un 70 por 100 a la balanza comercial del Estado, mientras que sólo el 1,80 por 100 de las inversiones se halla concentrado en el Pakistán Occidental. De aquí las tendencias autonomistas de los ciudadanos de Bengala, agudizadas a partir de la instauración en Pakistán de una dictadura militar. En 1966, la Liga Awami, partido de la burguesía nacional bengalí, con una gran base popular, lanzó los «seis puntos» para la autonomía de Bengala. En las elecciones del 7 de diciembre de 1970, la Liga conquistó 167 de los 169 escaños a disposición del Pakistán Oriental en la nueva Asamblea constituyente, mientras que Ali Bhutto, jefe del partido popular pakistaní y fautor de la unidad entre los dos Pakistanes, sólo con-

siguió 85 de los 131 escaños asignados a la zona occidental. El gobierno militar de Yaya Khan se negó a convocar la nueva Asamblea constituyente, y en Dacca se inició una sangrienta represión del movimiento pro-independencia bengalí, provocando así una auténtica guerra civil. La Liga Awami constituyó entonces el gobierno provisional del Bangla Desh, pero las guerrillas fueron derrotadas, y los miembros de este gobierno, obligados a refugiarse en la India.

CALCUTA.—El otoño pasado fue un tión el que cayó sobre el golfo de Bengala: ¿cuántos bengalíes perecieron en aquella «oleada de la muerte»? ¿Medio millón, dos millones? No lo sabremos jamás, ni siquiera aproximadamente. El pasado

abril, en el mismo país, Bengala oriental, volvió a producirse la tragedia: pero esta vez no fueron culpables las fuerzas de la Naturaleza, sino el hombre; tampoco sabemos ni sabremos nunca si las víctimas de la guerra civil pakistaní habrá que cifrarlas en cientos de miles o en millones. Pero, por lo menos, entre las dos catástrofes hubo un intervalo que permitió a la población de Bengala oriental, caracterizada por un vertiginoso aumento demográfico, rellenar los vacíos humanos producidos por el diluvio de tal modo que, en vísperas de la guerra, la población había alcanzado el nivel de antes. En esta ocasión, sin embargo, apenas terminadas las matanzas de la guerra, entran en acción el cólera, la disenteria, la pulmonía, la desnutrición para diezmar a los refugiados de Bengala Oriental (¿cuántos?, ¿cinco,

ocho millones?) que han buscado refugio en los Estados de la Federación India próximos a su país: Madhya Pradesh, Uttar Pradesh, Bihar, Orissa, Assam, Tripura y, sobre todo, Bengala Occidental. Y desde los campos de refugiados, el cólera amenaza con extenderse a la población de una de las ciudades más miserables y más densamente pobladas del mundo: Calcuta.

En la actualidad, Calcuta está rodeada de un anillo de campamentos de refugiados: quizá llegue a quinientos el total. Y en estos campamentos arden continuamente las hogueras: son las piras (la leña la proporcionan ricos hombres de negocios indios), en las que se queman los cuerpos de los bengalíes muertos por el cólera, por el hambre, mientras a su lado, los vivos preparan sus escasísimos alimentos hasta que



La miseria de esta gente que duerme, hace su pan y se cuece el arroz y se lava en las aceras, en medio del estruendo de un tráfico inimaginable, quizá no sea peor que la de los millones de hombres que acampan en medio de la inmundicia de los «slums» de Calcuta.



Entre las lluvias premonzónicas y esta epidemia de cólera hay una relación precisa: el cólera se contrae bebiendo agua infectada por excrementos coléricos.

se ven atacados por los vómitos del cólera.

TODOS LOS DÍAS MUEREN DOSCIENTOS BENGALIES

Se cree que doce mil de estos refugiados han conseguido atravesar el cordón militar tendido por las autoridades en torno a la «gran Calcuta» para defender a sus habitantes del contagio (hasta ahora no se sabe con cuánto éxito, aunque hay que pensar que existe la posibilidad técnica de circunscribir la epidemia). Pero entre los prófugos que vagan por los campos, o por las calles, o por las junglas de Bengala, extenuados, muertos de hambre, en un estado de resignación apática tal, que muchas veces sacrifican sus objeciones religiosas a la vacunación, el cólera siega ya diariamente más de doscientas vidas; un periodista inglés que ha visitado un campamento de refugiados afirma haber visto morir a diez bengalies en una sola hora. Se multiplican las noticias que hablan de mujeres a las que la Policía ha de arrancar de entre los brazos el cadáver del hijito muerto de cólera, o fotografías que muestran a niños esqueléticos de grandes ojos negros desencajados y encendidos por la fiebre en rostros horrorizados. En una de estas fotos hemos visto a dos hermanitos tendidos en un lecho de hospital sin colchón, que se miran uno a otro cogidos de la mano. El pie de foto dice: «A las pocas horas de tomarse esta fotografía, los

pequeños A-jir y Basanta Abdikery fallecieron cogidos de la mano».

En el cinturón de campamentos de refugiados que rodean a Calcuta es corriente ver a los pakistanies secarse junto a las hogueras de los muertos. Porque la llegada de estos bengalies orientales ha coincidido con las primeras borrascas que regularmente anuncian la llegada del monzón. Pues bien, entre las lluvias premonzónicas y esta epidemia de cólera hay una relación precisa: el cólera se contrae bebiendo agua infectada por excrementos coléricos. Los campamentos, levantados apresuradamente por las autoridades indias para acoger a los refugiados, no están acondicionados para hacer frente a las necesidades primarias de personas exhaustas y desnutridas. Falta todo: telas impermeables para las tiendas de campaña, proteínas, vitaminas, camas, mantas, colchones, combustible, utensilios domésticos. Faltan sobre todo, y esta es causa inmediata del cólera, letrinas con agua y canales de desagüe.

LA INFECCION SE EXTIENDE POR EL FANGO

En estas condiciones bastaría un simple resfriado para acabar con la vida de un hombre, pero no son los resfriados, sino el cólera lo que está diezmando a los más débiles, a los viejos y los niños. Y las lluvias ayudan a la propagación del cólera. En efecto, cuando el agua de lluvia ane-

ga los campos de cosecha, los refugiados y los que han ido en su ayuda se hunden en un gran fango que lame los numerosos cadáveres y se convierte en vehículo de infecciones de todo tipo.

Hay en todas partes un hedor realmente insoportable, y el sorbo de agua con el que trata de apagar su sed el refugiado, sorbo a cambio del cual se desprende de sus últimos céntimos, contiene el microorganismo que le infectará a través del conducto bucal y que atacará al canal digestivo.

Cuando la peste ataca a una persona en las condiciones de debilidad y desnutrición de los refugiados bengalies, las probabilidades de sanar son más bien escasas. Los primeros síntomas se manifiestan a los dos días de producirse la infección. El primer síntoma es un violento ataque de diarrea. Algunas horas después, el enfermo comienza a vomitar. Siente calambres y fuertes dolores de estómago, baja la temperatura del cuerpo y empieza a perder los líquidos del organismo, la voz se convierte en una especie de soplo ronco y el individuo sufre una sed continua.

La gravedad de la enfermedad, cuya duración oscila entre doce horas y siete días, depende de la cantidad de líquido perdido y de las condiciones físicas del enfermo. Generalmente la muerte es provocada por el agotamiento y la deshidratación. Para sanar harían falta curas asiduas y reposo y condiciones higiénicas que no reúnen ni mucho menos los centros de recuperación improvi-

sados por las autoridades indias. Tanto más cuanto que el cólera «el tor», que es el que actualmente hace estragos en Bengala Occidental, si bien menos virulento que otros tipos, también resulta más difícil de combatir, y la vacuna contra el mismo no garantiza la inmunidad absoluta.

UNA ENFERMEDAD «VENCIDA»

Es posible trazar trágicos paralelos entre el tifón del pasado noviembre y esta epidemia de cólera. Se trata de desgracias endémicas de Bengala; endémicas y, por tanto, previsibles. Sin embargo no se ha hecho ni se está haciendo nada para proteger a las víctimas potenciales de los tifones. Y aunque la Medicina puede tener al cólera bajo control, las epidemias continúan produciendo millares de víctimas cada año en la India y el Pakistán Oriental (3.364 y 1.889 el año pasado, respectivamente). En los países expuestos al cólera, la vacunación contra esta enfermedad es una medida elemental, de importancia esencial, muy poco costosa: la India, aunque pobre, puede permitírsela y debería, pues, vacunar a sus ciudadanos. Pero en Calcuta, ciudad con una población oscilante entre los siete y los doce millones de habitantes, sólo 400.000 han sido vacunados. Ya desde el estallido de la guerra civil en Bengala Oriental, la India debía haber previsto la posibilidad de que se produjeran epidemias y haberse preparado para combatirlas. Pero no ha sido así, y la India no ha hecho nada hasta el último momento.

Tenemos aquí, pues, otro paralelo entre la historia del tifón y la del cólera: las llamadas angustias, urgentísimas al mundo entero para el envío de material sanitario. En efecto, cuando estalla una epidemia se imponen dos medidas. Primera: aislar a los afectados por la enfermedad para evitar que ésta se propague. A estos efectos se ha establecido entre el cinturón de campamentos de refugiados y la periferia de Calcuta un cordón sanatorio-militar, a través del cual han conseguido infiltrarse, no obstante, por lo menos doce mil personas, muchas de las cuales quizá eran portadoras del bacilo. La segunda medida es la vacunación masiva. (En la India, para imponer esta medida hay que luchar muchas veces contra los prejuicios religiosos de la gente.)

Las autoridades sanitarias de Bengala han pedido ayuda de todo tipo (entre otras cosas han solicitado por lo menos dos millones y medio de dosis de vacuna), pero si bien algunos países han respondido a la llamada in-

EL COLERA

dia con extrema rapidez, en el periodo más crítico, los socorros han sido más bien lentos y han estado mal coordinados: la India ha recibido como media trescientas mil dosis de vacuna por semana. «Es muy trágico —ha comentado un médico de Nueva Delhi— tener que asistir impotentes a la muerte de tanta gente por una enfermedad banal en el fondo, una enfermedad que la ciencia médica ha vencido hace ya mucho tiempo». La vacunación contra el cólera es, en efecto, una realidad desde 1892. No obstante, después de las terribles epidemias del siglo pasado que, iniciándose muchas veces en Bengala, se difundieron por los demás continentes, hubo otras: una nueva epidemia de cólera se inició en 1899 y continuó hasta 1929.

CASI OCHO MILLONES DE NUEVOS CIUDADANOS

Pero hoy los refugiados llegado de Bengala Oriental imponen a la India problemas que no son sólo de orden sanitario, sino también económico y social. El éxodo continúa: macilentos columnas de bengalíes orientales, seguidas de cuervos y de buitres, avanzan por caminos alfombrados de cadáveres en dirección a la frontera india. Se calcula que son por los menos 50.000 personas las que diariamente entran, extenuadas, macilentas y casi materialmente desnudas, buscando en el vecino país refugio de las vejaciones, las brutalidades, los estupro de la soldadesca de Yahya Khan. Hasta ahora, dos millones y medio de bengalíes han sido alojados, por así decir, en los centros para refugiados. Pero hay muchos que van errantes por las calles de los pueblos y ciudades, por los campos. Se calcula que, cuando termine el éxodo, el total de refugiados de Bengala Oriental será de ocho millones. El gobierno se ha comprometido a colocar a un millón de estos refugiados en seis Estados indios, pero, ¿qué trato les reservará a los demás? Está claro que un país pobre y densamente habitado como la India con, por lo menos, 20 millones de parados de una población total de 547 millones (por no hablar de los semiparados o eventuales), no puede soportar estas inmigraciones forzadas.



Se multiplican las noticias que hablan de mujeres a las que la Policía ha de arrancar de entre los brazos el cadáver de su hijo muerto de cólera.

QUE NO SE TOQUE LA MEZQUITA

Así, en Bengala Oriental, la tensión social va en aumento. Trágicamente, la unánime solidaridad de los bengalíes occidentales con los insurrectos de Bengala Oriental, que se manifestó a través de una impresionante huelga general y la subsiguiente oferta de ayuda material y de brazos a los combatientes por una Bangla Desh libre, se ha transformado, desde que los millones de refugiados pesan demasiado en la frágil economía y los pobres servicios sanitarios del país, en hastío, sospecha, hostilidad. La tensión se ha visto agravada por la circunstancia de que, aunque entre los refugiados figuran muchos musulmanes, la mayor parte son hindúes, es decir, pertenecientes a la confesión religiosa que mayores razones tiene para temer persecuciones por parte del gobierno militar de Dacca. En Barasat, pequeña localidad de 90.000 habitantes, a una veintena de kilómetros de Calcuta, con una población prevalentemente musulmana, la Policía consiguió

salvar por los pelos a una multitud que quería linchar a los doscientos mil refugiados hambrientos y exhaustos que se habían refugiado en una mezquita, una escuela y otros edificios públicos. Aquellos fantasmas, incapaces de mover un dedo para defenderse, no hubiesen durado ni un cuarto de hora. En los pueblos se acusa a los recién llegados de provocar un alza en los precios de los comestibles y de competir con la mano de obra local, ofreciendo sus servicios por un puñado de arroz. Los coolies de Calcuta se han organizado contra los bengalíes occidentales que tratan de robarles sus empleos. Añádase a eso que los refugiados han llegado precisamente en la estación del año en que la escasez de alimentos es más aguda.

Pero su peor desgracia es el haberse visto obligados a buscar refugio y solicitar ayuda en una ciudad, Calcuta, y en una región, Bengala, que figura entre las más indigentes del mundo. No se sabe a ciencia cierta cuántos millones de miserables pululan en esa ciudad, pero se sabe que hay un mi-

llón de refugiados que se trasladaron a Calcuta en el año en que fue dividida la India (1947) y que todavía viven en cuevas entre el barro. Hay también varios cientos de miles de refugiados tibetanos. Se sabe que una tercera parte de los habitantes de Calcuta viven en la más total de las miserias.

CALCUTA: UN INFIERNO

Un periodista del «Times of India» ha calculado que, por lo menos, 600.000 habitantes de Calcuta no tienen techo bajo el que dormir, sino que pasan su vida en las calles de la ciudad: por la noche, las aceras se convierten en largos, inquietos y negros dormitorios, donde el silencio es roto sólo por una que otra tos, por algún gemido, o una voz delirante. Y también entre estos «sin techo» hay una escala social. Quien dispone de una manta, una estera o incluso un catre, es infinitamente mucho más rico que quien ha de dormir en el mismo suelo. Y hasta se especula con las aceras. El que puede pagar a alguien para que le reserve su puesto bajo los arcos de un puente



En estas condiciones bastaría un simple resfriado para acabar con la vida de un hombre; pero no son los resfriados, sino el cólera lo que está diezmando a los más débiles, a los viejos y a los niños.

o la marquesina de un edificio es más rico que el que ha de contentarse con el primer sitio que encuentra.

Pero la miseria de esta gente que duerme, se hace su pan y se cuece el arroz y se lava en las aceras, en medio del estruendo de un tráfico inimaginable, quizá no sea peor que la de los millones de hombres que acampan en medio de la inmundicia de los «slums» de Calcuta: el 50 por 100 de las familias de Calcuta se alojan en un solo cuarto, con más de cuatro personas por habitación. Hay una letrina por cada 1.500 personas, una bomba de agua no depurada por cada doscientas personas, hay barrios enteros sin luz, donde la Policía no se atreve a entrar. Estas zonas están en manos de bandas de «infieles», como llaman a los malhechores los periódicos indios, o de terroristas políticos, como los naxalites: en este último caso se llaman «zonas liberadas». Y este «desastre urbanístico» tendrá, en 1980, quince millones de habitantes. Apenas el 60 por 100 de los muchachos de Calcuta frecuentan la escuela, pero la Universidad es la mayor fábrica de parados del mundo: todos los años salen de la misma ciento cincuenta mil licenciados, para los cuales sólo hay 8.000 puestos de trabajo.

LICENCIADOS Y MENDIGOS

Muchísimos licenciados y diplomados trabajan de recaderos, de coolies, otros se dedican a mendigar. Para no estar en desventaja con respecto a los mendi-

cantes que pueden mostrar mutilaciones físicas, se hacen amputar los brazos o las piernas o sacar los ojos por cirujanos especializados en este tipo de operaciones. En Calcuta, el enanismo es mejor, más provechoso que un oficio. La «niña» que se le acerca a uno para pedirle con voz lastimera «una limonita, que no tengo ni padre ni madre», es muchas veces una mujer de cincuenta años.

En Calcuta hay 30.000 leproso, 35 kilómetros de alcantarillas abiertas, entre 10 y 30 asesinatos políticos diarios, locales nocturnos como el Blue Fox y el Moulin Rouge en los que se puede beber whisky perfumado y pagar 600 pesetas por una botella de Barolo. Sin embargo, un obrero que trabaja en condiciones indescriptibles en una fábrica de yute gana menos de 200 pesetas al mes, un poco más de lo que le costaría una visita del médico a domicilio.

En la plaza central de Calcuta, entre las estatuas de Gandhi, Lenin, Trotsky, etcétera, hay un vendedor de avellanas. De vez en cuando alguien compra un cucurucho para alimentar a las grandes ratas que acudirán entonces en manadas desde los nidos que tienen entre las raíces tortuosas de los árboles. En cuestión de segundos el prado se vuelve gris de roedores famélicos, igual que Trafalgar Square o la plaza de San Marcos se volverían grises de palomas. Y esta ciudad, repugnante, criminal, loca, es para los refugiados de Bengala Oriental como una Meca. ■ F. R.

*alguien
no usa
desodorante...*

evite este descuido con la agradable fragancia de
LEGRAIN ODOR



Sea exigente consigo mismo: usar desodorante es una necesidad para usted y una gentileza a los demás. LEGRAIN parfumeur ha creado este "frescor personal" en una variedad de presentaciones a elegir:

SPRAY - VAPOSPRAY - STICK

en sus especialidades

ROYALE AMBRÉE
MOUSSEL
TALON ROUGE
ROYALE AMBRÉE
BRUT FOR MEN



LEGRAIN
PARIS